

## Cómo Dorotea queda en Do

*Elite.*

El alma de un niño es una página en blanco. La vida irá trazando líneas gruesas y delgadas, pintando muñecos, vertiendo lágrimas. Y al cabo del tiempo ya no queda dónde escribir. No cabe mayor tragedia que quedar inédito. Hay que llenar la vida de hechos, hay que esforzarse por llenar la cuartilla. Empezando por palotear, aunque se termine mereciendo palos. Dios ha de jugar con mayor dulzura a quien se ha esforzado en desmañado intento, que al cobarde que teme echar un borrón. Y frente al niño se siente el misterio de quien comienza a escribir... Y uno experimenta la comezón de ayudarle a trazar los primeros palos con la esperanza de que aprenda a escribir, y este mundo sea mejor.

Si el misterio de la muerte nos iguala, el milagro de nacer debería hacernos también iguales. Así tendrían todos la misma oportunidad de escribir derecho. El niño que despierta a la vida gritando hambre comienza a palotear torcido, y hasta puede que se acostumbre a escribir al revés. De izquierda a derecha. Y donde otros leen Adán, él leerá "nada". Y la misma vida tendrá para ambos un sentido opuesto, aunque los dos se instruyan después en el mismo libro de la vida. El niño es un ente inédito. Hay que despertar lo mejor de su ser. Y zambullirse en el mundo infantil causa esa asombrosa sensación de gozar con naderías.

Ud. ha ido alguna vez a un parque infantil, o se ha parado a observar lo que ocurre en el tío vivo de cualquier feria. Los ojos de los niños se agrandan con nada. y allí entran en tropel caballitos, conejos, leones, hasta poblar de maravillas el mundo de su imaginación. Mientras monta el caballito, el niño tiene la mirada fija en el león; cuando cabalga, medroso, sobre su melena, está pendiente del que monta entre las dos jorobas de un pacífico camello. Y la música de organillo, monótona y dulce, va poniendo marco de colores a la fiesta. Y ya no será difícil explicarle al niño cómo es el Cielo... La música, ese maravilloso lenguaje del sonido, va ocupando un puesto prominente en la pedagogía moderna. Y ya se ha hecho imprescindible en la puericultura. Hasta hace poco, la música constituía una disciplina adicional en los métodos de instrucción. Uno aprendía música si tenía medios o posibles para permitirse un lujo. Al niño se le enseñaba primero a leer, después a escribir, y entre ceceos y palotes andaba la naciente razón del niño como en un esfuerzo para despertar su sensibilidad. ¿No será más simple llegar allí por la música? Esta es la nueva corriente actual. Y merece mucha atención. En nuestra capital se le está dedicando especialísima. Tanto en centros oficiales como en particulares, el método está obteniendo resultados magníficos.

Enseñar música a los niños parece difícil. Y lo es en cierto modo. Pero todo es cuestión de método y conocimiento. Si usted le presenta al niño un pentagrama lleno de corcheas, silencios y calderones, no podrá retener su atención durante un minuto. No trate de explicarle nada, sería inútil. Pero comience por algo que entienda. Una melodía

fácil, por ejemplo. Y el niño tatará la cancioncita con la misma facilidad que se lleva el dedo a la nariz. Póngale después una letra, y el niño fraseará sin el menor esfuerzo. El ritmo constituye el gran recurso. El niño recurre instintivamente a él para retener. Y tratará de ayudarse con un movimiento acompasado cualquiera. En una escuela de párvulos todo se vuelve canturria, y los niños no pueden evitar ese movimiento de mecedora que no es otra cosa que un compás de música.

La Profesora Emmy de Zanders es una especialista en educación musical infantil. Entre otros, ella ha ofrecido su esfuerzo a la magna obra que representa el Hospital Poliomeólico, y es también profesora del Kindergarten "Camp", una institución modelo que dirige la Doctora Julia Binder Emmy, ex profesora de la Academia de Música Mozarteum, de Salzburgo, lleva varios años entre nosotros. Rubia, afable, sencilla, atesora ese espíritu abnegado de sacrificio que se requiere para dedicarse a la infancia. Ella guarda ese espíritu infantil que ha sabido mantener en su contacto con los pequeñuelos. Porque para entender a los niños hay que ser un poco niño también.

En "Camp", los niños se sienten felices, porque hacen lo que quieren. Crean que hacen lo que quieren y eso les basta. Y en ese aparente dejar hacer del kindergarten hay una orientación bien definida. Todo consiste en que el niño no se sienta dirigido.

¿Y cómo se las arregla Emmy para enseñar piano a niños de cuatro años? Muy fácil. Siguiendo el mismo método simple que condujo a dar los primeros pasos de la música escrita.

Un niño cualquiera, puede ser su hijito o su sobrino, está frente a la hilera desconcertante de teclas que suenan distinto. Hay teclas negras y teclas blancas. Las negras son más pequeñas y están agrupadas en número de dos y de tres, alternativamente. Las blancas llegan hasta el borde y todas son exactamente iguales. ¡Aquí no hay quien acierte a distinguir una de otra! No asuste al niño. Dígame, simplemente, que puede elegir cualquiera de ellas. Una sola. Y que la pulse cuantas veces quiera con un solo dedo. ¡Ah, esto sí es fácil!

- ¿Cómo te llamas?

- Albertito...

¡Bueno, y a qué vendrá ahora mi nombre! ¡Qué tendrá que ver mi nombre con mi primera lección de piano!

- Tú te llamas Al-ber-ti-to, ¿verdad? Así: Al-ber-ti-to...

Y así, silabeando, hace que el niño pulse la tecla elegida tantas veces como sílabas tiene su nombre. Esta es la primera lección de ritmo. Después vendrán otras palabras que conoce, y el piano repetirá con él: "Ar-bol", "ga-ti-to", "co-ne-jo" hasta que el niño asocie con sorprendente rapidez la idea de los objetos con el ritmo de su pronunciación. Después vienen frases cortas, tales como: "Yo quiero a mi 'ma-má'", "An-dre-si-to es muy ma-lu-co"...

Y al niño hay que facilitarle esa asociación. Al enseñarle la diferencia que existe entre las siete notas fundamentales de la escala hay que darle medio camino hecho.

- Esta tecla se llama "Dorotea". Toca: "Do-ro-te-a". Así. Esta otra se llama "Renata". Toca: "Re-na-ta". Muy bien...

Y a Dorotea y Renata le acompañan: Mimi, Facunda, Sol, Ladislada y Simona. Este es el grupo de amiguitas con que traba amistad Albertito en sus lecciones de piano.

Después de que se acostumbra a tocar todos estos nombres, es más fácil retener la primera sílaba. Dorotea queda en Do, Renata en Re, y así sucesivamente.

Cuando el niño se ha familiarizado con la escala, se le puede enseñar a interpretar música escrita. No se le va a presentar un pentagrama completo. Ese es un terrible lío de rayas. Vamos por partes: dos espacios solamente. Aquí se combinan Dorotea y sus compañeras en distintos tamaños y vestidas de colores. Aquí se aplican los principios fundamentales del canto gregoriano.

Y así, a pequeños peldaños se construye esa escalera vital de los conocimientos infantiles. La maravillosa labor de Emmy de Zanders merece un sincero aplauso.

- Toca "Dorotea" -le dice a una niñita que no sabe dónde esconder las manos desde que nosotros estamos allí.

Y la pequeña elige sin titubear la primera tecla blanca que precede al grupo de dos negras, y sueña: "Do-ro-te-a". Hasta a nosotros se nos ha quedado Dorotea en los oídos. ¡Es tan fácil!

Los niños siguen jugando sobre la grama, en un campo amplio y bien cuidado. A medida que juegan, van cantando:

"Arroz con coco

"Me quiero casar

"Con una viudita

"De la capital

Y la heterogénea mercancía de cocos, arroz y viuditas viaja en estos pequeños corazones, con alas de música, al pequeño mundo que se va abriendo ante ellos como una esperanza de felicidad.